

# EDUCAR EN LA LIBERTAD

De la misma naturaleza del matrimonio brotan los derechos y deberes de los padres; entre ellos, el de la educación integral de los hijos. Y esto es así incluso en el ámbito de la institución natural, pues —como afirma Santo Tomás— *la naturaleza no pretende sólo la generación de la prole, sino también su desarrollo y progreso hasta el perfecto estado de hombre en cuanto hombre, o sea el estado de virtud*<sup>1</sup>. La dignidad propia de cada persona humana exige que se le ofrezcan los medios aptos para alcanzar *la perfección de la naturaleza, no sólo en cuanto al cuerpo, sino también respecto al alma*<sup>2</sup>.

Es lo que enseñaba nuestro Padre, cuando aconsejaba a los padres y madres de familia: *si eres buen cristiano, no pondrás impedimentos a la vida; te preocuparás de trabajar para sostener la casa y para sacar los chicos adelante, tratando de contribuir activamente a su formación cristiana; no te abandonarás, pensando que ya se ocupa de eso tu mujer, o que los llevas a un colegio (...). Seguirás paso a paso el andar de esas criaturas, que Dios te ha dado, y comprenderás que el mejor negocio de tu vida es formar a tus hijos. No basta con traerlos al mundo —eso lo hacen también los animales—, sino que debes transmitirles tu espiritualidad, tu inquietud cristiana, tu amor a Dios, tu devoción a la Santísima Virgen*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Santo Tomás, *Suppl.* q. 41, a. 1.

<sup>2</sup> Santo Tomás, *Suppl.* q. 59, a. 2 c. Cfr. Concilio Vaticano II, decr. *Gravissimum educationis*, n. 3.

<sup>3</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 771.

## *Moldear las almas*

*La tarea educativa tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios; ellos, engendrando en el amor y por amor una nueva persona, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen por eso mismo la obligación de ayudarla eficazmente a vivir una vida plenamente humana* <sup>4</sup>. Los padres han de tener siempre presente esta verdad fundamental: son ellos *los principales educadores de sus hijos, tanto en lo humano como en lo sobrenatural, y han de sentir la responsabilidad de esa misión* <sup>5</sup>.

Sobre el padre y la madre recae solidariamente el deber de poner a los hijos en condiciones de alcanzar la perfección humana y cristiana, a la que están llamados. Según la enseñanza constante de la Iglesia, ese derecho-deber *es anterior a cualquier otro derecho de la sociedad civil y del Estado, y por lo mismo inviolable por parte de toda potestad terrena* <sup>6</sup>. Los cónyuges son los primeros educadores, y no pueden delegar en nadie esta responsabilidad, aunque sí pueden —y en muchas ocasiones deben— compartirla con otras personas o instituciones. Pero, en último término, la responsabilidad es siempre de los padres, porque para cumplir esa misión reciben la gracia de estado propia del Sacramento del Matrimonio. Sin embargo, esto sólo no basta: como la gracia no actúa de espaldas a la naturaleza, sino que ordinariamente obra sirviéndose de los mismos cauces naturales, resulta imprescindible que los padres se preparen humanamente para cumplir bien sus deberes de educadores.

Para que la tarea educativa sea eficaz, es preciso crear y mantener un ámbito adecuado, donde sea posible modelar las almas de los hijos. Sin un clima apropiado resulta muy difícil transmitir o aceptar cualquier mensaje, y más aún cuando se trata de comunicar los elementos conceptuales y vitales que han de configurar en grandísima medida la vida futura de los hijos.

<sup>4</sup> Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 36.

<sup>5</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 27.

<sup>6</sup> Pío XI, Litt. enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, n. 16.

Se necesita, en primer lugar, un mínimo de bienestar material. Porque, si bien *ser familia* es algo de carácter espiritual, no puede prescindir totalmente del elemento material, del *hogar* donde se vive. Aquí encuentra su lugar propio la obligación de crear y mantener un ambiente material digno, limpio, acogedor, en el propio hogar.

Inseparable de los aspectos materiales, pertenece a la esencia de la educación familiar el respeto a la libertad de los hijos, según la edad y circunstancias de cada uno. Sólo así es posible que resulte plenamente eficaz ese cúmulo de experiencias que los padres han de comunicar a sus hijos. *No es camino acertado, para la educación* —escribe nuestro Fundador—, *la imposición autoritaria y violenta. El ideal de los padres se concreta más bien en llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una ayuda eficaz y amable* <sup>7</sup>.

Este aspecto es de importancia capital, porque sólo donde se respira el aire fresco de la libertad, las virtudes cristianas encuentran el terreno apropiado para arraigar. El autoritarismo, por el contrario, traería como lógica reacción el desprecio por los principios enseñados. Se obtendría el objetivo opuesto al deseado, y se perdería la mayor parte del esfuerzo educativo.

*La libertad debe ir acompañada de responsabilidad. Por tanto, en la educación de vuestros hijos, debéis compaginar la libertad y la autoridad. También los maridos, que, a veces, son unos tranquilos y abandonan a los chicos en manos de la madre, porque ellos dicen que tienen mucho que hacer, como si las mujeres no tuvieran que trabajar, y mucho, en la casa* <sup>8</sup>.

La tarea de los esposos cristianos es como la del alfarero: moldear las almas de los hijos para que en ellas se refleje, como en un espejo, la imagen de Dios.

Esto exige, en primer lugar, esfuerzo personal para vivir como se desea que vivan los hijos. No basta exponer un modelo de comportamiento sólo con palabras. Son imprescindibles las obras, el

<sup>7</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 27.

<sup>8</sup> De nuestro Padre, *Dos meses de catequesis*, II, p. 783.

buen ejemplo, dentro de las limitaciones propias de toda criatura. *Desde el primer momento, los hijos son testigos inexorables de la vida de sus padres. No os dais cuenta —advertía nuestro Fundador—, pero lo juzgan todo, y a veces os juzgan mal. De manera que las cosas que suceden en el hogar influyen para bien o para mal en vuestras criaturas. Procurad darles buen ejemplo (...). Sois para ellos como un libro abierto* <sup>9</sup>.

Buen ejemplo, hombría de bien, vida íntegra: presupuestos esenciales para educar a los hijos. Consciente o inconscientemente, los niños tienden a imitar las acciones de los padres. Si el modelo que se ofrece ante sus ojos es verdaderamente cristiano, tendrán allanado el camino. Todo lo contrario sucedería si, a pesar de las palabras, la vida que observan a diario en el hogar no respondiera verdaderamente a los ideales del Evangelio.

Llevar adelante con garbo esta tarea de moldear las almas de los hijos exige, además, una intensa y constante formación personal para adquirir el cúmulo de conocimientos que la experiencia de muchos siglos pone a disposición de los padres cristianos.

Los padres, en la medida de sus posibilidades, ha de informarse y formarse para solucionar adecuadamente las dificultades que los hijos vayan encontrando, sin caer en la fácil solución de desear hacerles a *imagen y semejanza* de la propia vida. Esa aspiración esconde en el fondo una actitud de comodidad, porque huye del trabajoso esfuerzo por conocer las peculiaridades de los hijos, para impartir a cada uno la educación personalizada que necesita. Con ese comportamiento, se olvidaría que el fin esencial de la educación es *formar al hombre tal cual debe ser y como debe comportarse en esta vida terrena, a fin de conseguir el fin sublime para el que fue creado* <sup>10</sup>.

La colaboración de los padres en la labor que el Espíritu Santo realiza en el alma desde que recibieron el Bautismo exige además paciencia y comprensión: tiempo. *Escuchad a vuestros hijos, dedicadles también el tiempo vuestro, mostradles confianza; creedles cuanto os digan, aunque alguna vez os engañen* <sup>11</sup>. Esa dedicación de

<sup>9</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 783.

<sup>10</sup> Pío XI, Litt. enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, n. 5.

<sup>11</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 29.

tiempo es importantísima, y nunca debe ceder ante otras exigencias aparentemente más perentorias.

En ese ámbito amable que ha de ser la familia cristiana, la educación de los hijos no se convierte en labor ardua ni complicada. Las intranquilidades de los hijos, sus ocupaciones, sus diversiones, el descanso: todo puede convertirse en ocasión de aprendizaje. Los pequeños problemas infantiles son motivo de educación, que es bien recibida porque nace del cariño. Se comprende entonces bien que nada *hay mejor que dirigir las almas, que moldear las costumbres de los jóvenes* <sup>12</sup>.

### *Una autoridad que no molesta*

Educar en la libertad implica necesariamente ejercer la autoridad. Carecería de sentido una libertad que no se viera delimitada por una exigencia de responsabilidad. Y es ahí donde ha de ejercerse la autoridad, evitando *los dos extremos: la demasiada bondad y el rigor* <sup>13</sup>. No se trata de *imponerles una conducta, sino mostrarles los motivos, sobrenaturales y humanos, que la aconsejan. En una palabra, respetar su libertad, ya que no hay verdadera educación sin responsabilidad personal, ni responsabilidad sin libertad* <sup>14</sup>.

Es preciso enseñar a los hijos, desde que tienen capacidad de entenderlo, que no pueden actuar irresponsablemente, que sus acciones han de responder a un *porqué*. Hay que repetirles que responsabilidad no es sólo dar cuenta de los propios actos y atenerse a las consecuencias. El sentido de responsabilidad lleva sobre todo a asumir con madurez de juicio las propias decisiones y acciones, sin escudarse en circunstancias, personas o sucesos ajenos. No se trata tampoco de justificarse ante otros sino, principalmente, de *responder* ante el Señor. Por eso, aconsejaba nuestro Fundador, *procurad que los niños aprendan a valorar sus actos delante de Dios. Dadles motivos sobrenaturales para que discurran, para que se sientan responsables; y no les mostréis desconfianza. Es preferible que os enga-*

<sup>12</sup> San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae*, 60.

<sup>13</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 787.

<sup>14</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 27.

*ñen alguna vez, a que destrocéis el cariño y la unión que tienen con vosotros* <sup>15</sup>.

Para llevar adelante esta formación y para impedir, en su caso, el mal ejemplo de otros hermanos, se precisa fortaleza, porque el cariño, de la misma manera que significa dulzura, pide también en ocasiones severidad. Todo ello sin olvidar que los pequeños o grandes incidentes del hogar no se resuelven habitualmente con órdenes tajantes y, menos aún, pegando a los chicos. Hay que saber esperar, pedir a Dios prudencia para acertar en cada caso, para que la autoridad, que es imprescindible y querida por Dios, no haga daño.

*Creedme, decía nuestro Padre: el problema de la libertad depende mucho de los padres. Podría contaros de algunas madres que ¡dan cada revés!... y así, no hacen nada, no logran nada. Es mejor ser comprensivos, aunque no tanto que los chicos hagan lo que les dé la gana (...).*

*Os insisto: tratadles con cariño, con mucho cariño: no resolvéis nada con un par de cachetes. Hay que explicarles las cosas pedagógicamente, con pedagogía cristiana, para que las comprendan desde pequeñitos, poco a poco* <sup>16</sup>. Pero sin caer en el extremo opuesto. La excesiva blandenguería, la concesión de todos los caprichos tiene tan malos efectos como su contraria.

Los esposos deberán seguir una orientación común en la educación de la prole. La unidad de pensamiento, de corazón y de decisión de los padres es, tal vez, una de las mejores lecciones que pueden ofrecer a sus hijos. Lo explicaba así nuestro Fundador: *me gusta decir que, en una familia, la madre es el ministro del interior y de las finanzas, pero debéis dejar al padre la cartera de asuntos exteriores, y no contradecirle nunca delante de los hijos. Cuando los chicos vean a papá y a mamá de acuerdo, cuando os ven unidos, ¡qué contentos se ponen!, ¡qué felices son!, ¡cómo comprenden que el hogar es algo de Dios! Quizá no se den cuenta en ese momento, pero lo entenderán más tarde* <sup>17</sup>.

<sup>15</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 783-785.

<sup>16</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 785.

<sup>17</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 772-773.

## Orientar la libertad

*Llega un momento en que los hijos ya pueden discurrir por su cuenta, elegir entre el bien y el mal. Vosotros ¿qué vais a hacer? Respetar su libertad. No les podéis coger de la oreja y obligarles a ir a Misa los días de fiesta, porque eso no sirve. Hay que formarles bien, hay que educarles, con esa gracia que Dios derrama abundantemente en el matrimonio, darles buen ejemplo y ayudarles a inclinar su elección hacia el bien, para que usen rectamente de su libertad (...).*

*Si los padres de familia consiguen que sus hijos sean amigos suyos, les será más fácil enseñarles a administrar bien la libertad de que gozan como cristianos y como hombres* <sup>18</sup>.

Una vez ganada la amistad de los hijos, mediante el cariño y el respeto de su libertad responsable, hay que orientarles en el empleo de esa capacidad. En primer lugar, recordándoles que una libertad sin responsabilidad se convierte en libertinaje. Han de enseñarles que la libertad es una capacidad de comprometerse, que está continuamente en juego. Y desde pequeños han de saber *invertir* bien ese don inmenso que han recibido de Dios.

La función de los padres adquiere entonces una doble perspectiva: enseñar a ser libres y vigilar discretamente el ejercicio de esa libertad. No deben limitarse a indicar lo que debe hacerse, sino que han de seguir los pasos de esas criaturas en el camino de la vida.

Muchos son los campos en que los padres han de estar al tanto para orientar la libertad de los hijos. En primer término, en lo que se refiere a sus relaciones con Dios. Después, en el estudio: no pueden desentenderse del rendimiento académico de los hijos. Han de ayudarles, en la medida de sus posibilidades. Es más, tienen el *grave deber (...)* de comprometerse a fondo en una relación cordial y efectiva con los profesores y directores de las escuelas <sup>19</sup>. Muchos fracasos escolares responden, sin más, a una falta de comunicación, de diálogo con los padres. Resuelto el pequeño inconveniente que había separado al hijo de sus padres, en muchas oca-

<sup>18</sup> Del Padre, Tertulia, 14-V-1978.

<sup>19</sup> Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 40.

siones, vuelve la alegría y el esfuerzo del trabajo.

Habrá que atender también al empleo del tiempo libre diario, al descanso del fin de semana, al dinero de que dispone, al ambiente en el que se mueve cada uno, las amistades que frecuenta... Todos y cada uno de los aspectos que conforman la vida de una persona joven, han de ser objeto de preocupación cariñosa por parte de unos padres cristianos. Los problemas no dejan de existir porque se desconozca su existencia; al contrario, tienden a crecer cuando no se les pone el oportuno remedio. En una sociedad que ignora —cuando no combate— los principios de la fe y de la moral cristianas, hay que enseñar a los hijos a administrar la libertad en cada uno de los campos de su actuación.

Punto de gran importancia es, en el empleo del tiempo libre, el uso de la televisión, que constituye uno de los medios habituales de descanso, también en las familias cristianas. *La gente se f a de lo que aparecerá en la pantalla, y cuando los padres salen de casa —incluso por motivos de piedad y apostolado—, los hijos ven todo, sin ningún freno (...).*

*No os digo que quem is los televisores, pero s  que los utilizáis bien. Apelo a vuestro sentido de responsabilidad: lo más importante es la familia, el trato afectuoso entre marido y mujer, el cuidado de los hijos; después viene todo lo demás. Hay que desconfiar de la televisión y, de vez en cuando, hacer un poco de examen de conciencia. Preguntaros:  hasta qué punto ha condicionado mi vida? Si hay que corregir alguna cosa, corregidla* <sup>20</sup>.

El Romano Pontífice ha insistido en diversas ocasiones en la importancia de que los padres sepan defender la libertad de sus hijos frente a la presión de los medios de comunicación. Por eso, ha hablado del deber (...) *de proteger especialmente a los niños y muchachos de las "agresiones" que sufren también por parte de los "mass-media", procurando que el uso de éstos en familia sea regulado cuidadosamente. Con la misma diligencia la familia deberá buscar para sus propios hijos también otras diversiones más sanas, más útiles y formativas física, moral y espiritualmente "para potenciar y valorar el*

<sup>20</sup> Del Padre, Tertulia, 20-I-1981.



*tiempo libre de los adolescentes y orientar sus energías*" (Mensaje para la XV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, n. 5) <sup>21</sup>.

Es conveniente que los cónyuges estén informados sobre las diversas actividades que puedan facilitar la formación y el sano crecimiento, humano y sobrenatural, de los hijos. Muchas son las posibilidades que se abren, pero exigen una permanente atención para no dejar pasar las buenas oportunidades que se presentan: el deporte practicado en lugares donde existe un ambiente cristiano; la participación en iniciativas culturales que puedan servir para el mejoramiento de los conocimientos literarios, filosóficos...; la lectura de libros adecuados a su edad en los que se pongan de manifiesto, de manera amable, las virtudes humanas y cristianas; las aficiones coleccionistas que ayudan a encontrar amigos o a hacerles interesarse en nuevos aspectos de la realidad...

### *Fomentar la responsabilidad*

Nuestro Padre, respondiendo a quien le preguntaba cómo compaginar libertad y autoridad en la formación de los hijos, afirmaba: *enseñándoles, con la libertad, la responsabilidad: dándoles confianza. Mi experiencia es muy grande (...). Recuerdo que a la gente joven que venía a mi lado en los primeros años de la Obra, chicotes de dieciséis, dieciocho, diecinueve años, les decía: creo lo que cada uno de vosotros me diga, aunque cien notarios unánimemente afirmen lo contrario. ¿Qué pasaba?: que de cien me engañaba uno. Los otros noventa y nueve se sentían... leales.*

*Haz eso con tus hijos. No te des por enterado, si te engañan alguna vez. Compréndelos, discúlpalos* <sup>22</sup>.

Con paciencia, habrá que ir *soltando* a los chicos según vayan creciendo, para que saquen adelante aspectos de la vida de la casa que sean adecuados a su edad. De esa manera sienten como algo suyo la obligación de colaborar en el funcionamiento del hogar. No deben pensar que todo les viene dado y que ellos no han de ocuparse

<sup>21</sup> Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 76.

<sup>22</sup> De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 785-786.

de la buena marcha de la familia. Al contrario, hay que fomentar la preocupación por las cosas de los demás, también por las de quienes tienen menos medios económicos que ellos. De esta manera, agrandan el corazón y serán más capaces de empeñarse en las tareas que deberán desarrollar en la sociedad del mañana. *En una sociedad sacudida y disgregada por tensiones y conflictos a causa del choque entre los diversos individualismos y egoísmos, los hijos deben enriquecerse no sólo con el sentido de la verdadera justicia, que lleva al respeto de la dignidad personal de cada uno, sino también y más aún con el sentido del verdadero amor, como solicitud sincera y servicio desinteresado hacia los demás, especialmente a los más pobres y necesitados* <sup>23</sup>.

El proceso de maduración de la persona humana exige la aplicación de su capacidad de comprometerse. Por eso, de una u otra forma, los padres han de enseñar a los hijos a emprender acciones de servicio dentro y fuera de la familia. La distribución de pequeños encargos en el hogar, la atención al hermano enfermo..., forman un conjunto de ocupaciones que alejan de su vida el posible egoísmo o el desordenado afán de independencia. Cada uno de esos detalles pone en juego un aprendizaje que resulta fundamental para la vida. Por eso, los padres y madres de familia han de examinarse sobre el modo de llevar a cabo su labor diaria por formar a los hijos.

*Vosotros buscáis un apoyo para vuestros corazones y vuestras conciencias —afirmaba Juan Pablo II—. Buscáis un apoyo para vuestras familias. Queréis que sean estables, que no se disuelvan; que constituyan esos hogares vivos del amor, en los cuales el hombre puede calentarse cada día. Perseverando en el vínculo sacramental del matrimonio, queréis transmitir la vida a vuestros hijos y, junto con la vida, la educación humana y cristiana. Cada uno de vosotros, queridos padres, advierte profundamente esta gran responsabilidad que está vinculada a la dignidad del padre y de la madre.*

*Sabéis que de esto depende vuestra propia salvación y la de vuestros hijos. ¿Cómo soy padre? ¿Qué madre soy yo? He aquí las preguntas que os hacéis más de una vez. Vosotros os alegráis y yo con vosotros, de cada uno de los bienes que se manifiestan en vosotros, en*

<sup>23</sup> Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

*vuestras familias, en vuestros hijos; me alegro con vosotros de sus progresos en la escuela, del desarrollo de sus conciencias jóvenes. Queréis que se hagan verdaderamente "hombres". Y esto depende, en gran medida, de lo que adquieren en la casa paterna. Nadie puede sustituirlos en esta obra. La sociedad, la nación, la Iglesia se construyen sobre la base de los fundamentos que echáis vosotros* <sup>24</sup>.

La función de los padres no acaba nunca, pero llega un momento en que *los padres que aman de verdad, que buscan sinceramente el bien de sus hijos, después de los consejos y las consideraciones oportunas, han de retirarse con delicadeza para que nada perjudique el gran bien de la libertad, que hace al hombre capaz de amar y de servir a Dios. Deben recordar que Dios mismo ha querido que se le ame y se le sirva en libertad, y respeta siempre nuestras decisiones personales: dejó Dios al hombre —nos dice la Escritura— en manos de su albedrío (Eccli. 15, 14)* <sup>25</sup>. Los padres siempre, y más entonces, han de acudir a la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, con el fin de que vele para que los hijos ejerzan conscientemente, y obrando el bien, el gran don de la libertad.

<sup>24</sup> Juan Pablo II, Homilía, 1-IV-1979.

<sup>25</sup> *Conversaciones*, n. 104.